

Horacio Gegunde

Veinticinco años de democracia. Perspectiva intelectual y moral, y la actual crisis mundial

Horacio Gegunde

Presidente del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN).

Rector de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora

Se celebran 25 años de vida democrática. El período institucional ininterrumpido más largo del país. Ellos han marcado a toda una generación, mucho más quizás de lo que se esté dispuesto a aceptar. Ha sido un acontecimiento que cualquier argentino de mi edad celebró. De quienes viviéramos la mitad de nuestra existencia bajo estado de sitio, derechos cercenados, libertades recortadas, padeciendo las arbitrariedades de los gobiernos militares, la ferocidad autoritaria y de su integración sometida a la realidad mundial. Por esta razón, más allá que haya gente que todavía reniegue y mire con recelo a este cuarto de siglo de vida republicana, o lo haga con superficialidad y exitismo, el aniversario exige de una mirada inteligente que valore de manera adecuada las posibilidades que la democracia nos abrió. Sobre todo cuando encontramos al mundo sometido a la crisis económica financiera actual, y cómo ella pudiera sorprendernos dentro de un sistema político ajeno a los nacientes valores que se están consolidando en nuestra sociedad.

Por aquel entonces, diciembre de 1983, nos embargaba una sensación ambigua. De fuerte alegría, pero también de incertidumbre. O más bien de temor sobre si pudiera ser posible su sostenimiento en el tiempo. Sin embargo, se presentía el fin de una época. El recuerdo del horror nos abrumaba: el terrorismo de Estado, la ausencia de las libertades más elementales, la cotidiana convivencia con la censura tanto externa como interna, y la íntima esperanza de no tener que coexistir con esos luctuosos apellidos que no queríamos leer ni en los diarios:

Videla, Massera, Galtieri, Menéndez, Bussi, Astiz, Martínez de Hoz. Todo ello era un estímulo inigualable para cerrar un funesto capítulo de la vida argentina.

Para quienes las instituciones nos han elegido y designado para ocupar cargos de responsabilidad, es una obligación sostener este ángulo de análisis. Aquel que nos permita conservar una visión integral de la cuestión. Porque aquí sí caben comparaciones esenciales y nos reclama la sabiduría de poder discriminar. El aniversario nos debiera hacer valorar, por una parte, a la democracia como sistema, la Argentina de 1983 a 2008, y por todo aquello que habrá de venir porque, más allá de las coyunturas, ahora sí existe la posibilidad de una idea cierta de futuro. Y por la otra, la evaluación de su sistema político, esto son los partidos y la calidad de sus estadistas y funcionarios. En otros términos, una cosa es la vida democrática, y otra, sus administraciones. Y ahí también aprendimos que gobernar siempre es difícil, y que no todos están en condiciones, más allá de las buenas intenciones y de cualidades personales. La Argentina es un país complejo y requiere del difícil talento del equilibrio entre inteligencia, compromiso y sensibilidad. Sin embargo, y quizás pueda sorprender con estas afirmaciones, debemos profundizar en esta línea. No cometeremos la simplificación de dicotomizar el tema. Por supuesto que ha habido gente más que opinable. Pero la democracia es el único sistema que se reequilibra, rectificando errores, reparando excesos. Y el sistema democrático, con sus contrapesos, tampoco es una realidad al margen de las ideas y conceptos